

JUAN ANTONIO POSSE O LA REVOLUCIÓN DE LA SUBJETIVIDAD: HECHOS E INTERPRETACIONES EN TORNO A UN CURA DE ALDEA

Fernando Durán López*
Universidad de Cádiz

1. En el subtítulo que he puesto a este estudio queda ya implícita la conclusión a la que quiero llegar, y en cierto modo pretendo con él regresar a la mirada certera y la definición precisa que formuló la primera persona del mundo académico en fijarse en Posse, Gumersindo de Azcárate, al caracterizarlo en un artículo de 1883 con las siguientes palabras: «Fue este señor un *cura de aldea*, célebre por su ilustración, sus ideas exaltadas, la energía de su carácter y las persecuciones de que fue víctima en 1814 y en 1823».¹ Creo que es un resumen admirable, en el que figura con escueta plenitud la respuesta a las principales preguntas que suscita Posse y que a continuación voy a tratar de plantear.

El motivo de estar ahora escribiendo sobre Juan Antonio Posse es el haber escogido ya hace unos quince años como tema de mi tesis doctoral la autobiografía española de los siglos XVIII y XIX. En las jornadas que dan origen al presente volumen se ha hablado de diferentes aspectos de este olvidado escritor, pero el que a mí me interesó y en el que me he centrado es su condición de autor de uno de los mejores y más complejos libros de memorias de su tiempo. El interés y la originalidad que tiene esa obra en el

* Nacido en Cádiz en 1969. Doctor en Filología Hispánica e profesor titular de Literatura Española na Universidade de Cádiz. Especialista nos xéneros da autobiografía, o xornalismo e o ensaio político, conta con máis dunha decena de monografías e edicións críticas sobre esta materia, ademais dun gran número de artigos en revistas especializadas. Ademais da xa citada *Vidas de sabios* (Madrid 2005), publicou: *Memoria del Cádiz de las Cortes* (Cádiz 1996), *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)* [Cádiz 1997], *José Várgas Ponce (1760-1821). Ensayo de una bibliografía y crítica de sus obras* (Cádiz 1997), *Tres autobiografías religiosas españolas del siglo XVIII: Sor Gertrudis Pérez Muñoz, Fray Diego José de Cádiz, José Higuera* (Cádiz 2003), *José María Blanco White o la conciencia errante* (Sevilla 2005). (N. do ed.)

¹ Gumersindo de Azcárate, «Vestigios del primitivo comunismo en España», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, t. VII, n° 157, 31-VIII-1883, p. 247a-b.

contexto de la literatura española son grandes y el hecho de que Posse también tenga sustanciosas aportaciones al ensayismo político y a la teoría constitucional del primer liberalismo, que son otros de los campos de estudio a que he dedicado mis investigaciones durante los últimos años, no hizo sino aumentar mi curiosidad sobre su obra. A Posse le adjudico un papel destacado en la historia de la autobiografía española y le dediqué bastantes páginas en la parte de mi tesis dedicada a la modalidad más moderna y central del género autobiográfico español de ese periodo; esos capítulos se publicaron en 2005 bajo el título de *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*, volumen en el que hay unas cuarenta páginas monográficamente consagradas a la figura del cura gallego que hoy nos ocupa.²

En una de esas páginas escribí lo siguiente, con lo que quisiera comenzar ahora mis reflexiones: «No son sus ideas lo más atrayente de Juan Antonio Posse, con serlo mucho, sino la personalidad que revela su escritura en las únicas tres obras que hoy día le conocemos; el cura de San Andrés es uno de esos escritores anónimos postergados por una coyuntura histórica, un modo de vida y una suerte personal que han contribuido a oscurecerle y a no dejarle ocupar un puesto protagonista, pero en sus líneas brilla una mente lúcida y vigorosa, unas ideas propias capaces de encarnarse en palabras conmovedoras. Sin duda, España ha perdido en él un gran escritor que apenas nos ha dejado algunos retazos de un talento que no pudo nunca dejar salir. Todo esto le convierte en una figura peculiar del primer liberalismo español, que necesitaría de un estudio más detallado y que sin duda lo hubiera merecido ya, si hubiera dejado más obra escrita.»

Esta podría ser la síntesis de un estudio bastante más amplio, que no voy a repetir hoy aquí, porque ya lo tengo publicado y quienes estén interesados en él pueden acudir a leerlo de una manera mucho más completa.

2 *Vidas de sabios. El nacimiento de la autobiografía moderna en España (1733-1848)*, CSIC (Anejos de Revista de Literatura, 65), Madrid 2005 (513 pp.). Véase la reseña de este libro por Xosé María Lema Suárez, «Don Juan Antonio Posse, o crego liberal, figura senlleira de "Vidas de sabios": un estudo das autobiografías dos séculos XVIII e XIX», *A Trabe de ouro*, n° 65 (2006), pp. 51-58. He tratado también de forma más breve sobre la autobiografía de Posse en las siguientes publicaciones: *Catálogo comentado de la autobiografía española (siglos XVIII y XIX)*, Ollero & Ramos, Editores, Madrid 1997, n° 369; «Autobiografía, espacio urbano e identidad del intelectual ilustrado: el caso de Mor de Fuentes», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n° 3 (1993), pp. 75-88; «El campo y la ciudad en los albores de la autobiografía moderna en España (Mor de Fuentes, Posse, Somoza)», *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, n° 4-5 (1997), pp. 81-97.

Ahora intentaré plantear mis conclusiones desde otro punto de vista. Mi intención es explicar ese párrafo que acabo de reproducir o, dicho de otro modo, plantear de un modo general el *sentido* y el *valor* que tiene la obra de Juan Antonio Posse. Quiero formalizar una respuesta a por qué creo realmente que se trata de un escritor importante, qué es lo que tiene de original y de meritorio, y en consecuencia también responder qué es lo que no tiene ni de lo uno ni de lo otro. Y para hacerlo deseo huir de cualquier localismo, al margen del valor local específico que la figura de Posse tiene para los gallegos —y en concreto para los habitantes de su comarca coruñesa— y para los leoneses, sino formulando una respuesta a esa pregunta en términos más universales, conectando a Posse con los movimientos ideológicos de su siglo.

2. Lo primero siempre es empezar con los hechos objetivos. Para un escritor los hechos esenciales son su obra, de modo que conviene recordar con toda claridad en qué consisten los hechos reales y objetivos del escritor Juan Antonio Posse Varela.

Toda la obra que se le conoce es posterior a 1812 y descansa sobre la base de su primer impreso conocido: el sermón constitucional predicado en su parroquia de San Andrés, en las afueras de León, en noviembre de 1812, cumpliendo el mandato de las Cortes de que todos los párrocos explicasen a los feligreses el contenido de la carta magna en el momento de publicarla. Este *Discurso sobre la Constitución que dijo don Juan Antonio Posse, cura párroco de San Andrés, diócesis de León, al publicarla a su pueblo en veinte y nueve de noviembre de mil ochocientos doce*, fue dado a la imprenta al menos en tres ocasiones, en La Coruña y en Oviedo en 1813, y luego otra vez en Madrid en 1820. Esa difusión puede estimarse como relevante, pero no es inusual ni espectacular, si tenemos en cuenta los usos editoriales españoles de esos años en que los impresos efímeros se multiplicaban en los lugares más dispares y dispersos. No deja de ser uno más de las decenas de miles de folletos, pasquines, libros, proclamas, pliegos sueltos y periódicos que se amontonaron en las imprentas españolas entre 1808 y 1814, tratando la mayor parte de ellos los mismos o parecidos asuntos políticos.

Como efecto del pequeño renombre obtenido con su discurso liberal, Posse envió algunas colaboraciones periodísticas al diario coruñés *El ciudadano por la Constitución*, una de las publicaciones liberales más relevantes en esos años fuera de Cádiz o Madrid. Así lo cuenta en su autobiografía: «seguí tratando epistolarmente a los editores del expresado

periódico, a quienes comuniqué algunos artículos, que insertaron» (p. 161). Esos artículos, firmados con siglas, han sido identificados por Ramón Mariño Paz hasta en número de cuatro, editados entre julio y septiembre de 1813. Posse también menciona en sus *Memorias* de una manera más bien elusiva otro artículo, que es evidente que era obra suya: «el artículo comunicado con las iniciales J. A. P. del número 19 del redactor» (p. 204).³

Después de 1814 no queda constancia de que Posse haya producido más obra escrita hasta el nuevo periodo liberal posterior a la muerte de Fernando VII en 1833. Lamentablemente sabemos poco de lo que hizo el cura gallego durante el Trienio Liberal, en el que tuvo cierto papel local en la agitación liberal leonesa y es plausible pensar que volviera a escribir, aunque si lo hizo no ha salido a la luz ningún testimonio de ello. La siguiente obra que conocemos de él es la más importante, sus *Memorias*, escritas hacia 1834 con el título de *Historia biográfica, o historia de la vida y hechos de don Juan Antonio Posse, escrita por él mismo hasta el año 1834*. Si su sermón de 1812 fue el que le otorgó alguna notoriedad entre sus contemporáneos, estas memorias son las que le han dado relevancia para la posteridad y el único motivo por el que es recordado. El manuscrito de sus memorias pertenecía en los años ochenta del XIX a José García Lorenzana, cuyos herederos lo cedieron a Gumersindo de Azcárate, gran político republicano leonés y uno de los intelectuales más destacados en la España de la Restauración. Era catedrático de legislación comparada en Madrid y escribió libros sobre el derecho de propiedad en España; a Azcárate le interesaron las observaciones que Posse hacía en su obra sobre las formas de propiedad comunal de la tierra en la montaña de León. Inmedia-

3 Confieso que, acostumbrado a manejar la prensa gaditana y madrileña de tiempos de las Cortes de Cádiz, de la que tengo bastante conocimiento y que es con diferencia la más importante de esos años, supuse que estaba refiriéndose al gran diario liberal *El Redactor General*, publicado en Cádiz desde junio de 1811 y transplantado a Madrid bajo el nombre de *El Redactor General de España* desde noviembre de 1813. Tras ver que en ninguno de los números 19 de esas dos cabeceras había artículos con esas siglas y sospechando que se trataba de una errata, me tomé el trabajo de revisar página a página los seis voluminosos tomos de esos periódicos sin hallar el texto buscado. Mi arrogancia quedó castigada al descubrir tiempo después que existía una opción más lógica: hubo al parecer un periódico en León llamado también *Redactor* y cuando Posse habla sin más datos del «redactor» es razonable que se esté refiriendo a una cabecera más próxima. El artículo perdido es probable, pues, que se conserve en ese periódico leonés del que no conozco que se conserven colecciones en las bibliotecas más importantes.

tamente escribió un breve artículo dando cuenta de esas observaciones, en el que reproduce tres breves fragmentos de uno de sus capítulos.⁴

Azcárate aprovechó estos datos en otras ocasiones y su amigo Joaquín Costa citó también a Posse en alguno de sus trabajos. Años más tarde, Azcárate convenció a la revista *La Lectura* de Madrid, consagrada a temas culturales y una de las de mayor prestigio en la vida intelectual del momento, para que publicase el manuscrito íntegro, que apareció entre 1916 y 1918 en un total de dieciocho números mensuales que suman 257 páginas y que se van haciendo más distanciados con el paso del tiempo, hasta que la publicación se interrumpe sin más explicaciones, lo cual puede tener que ver con el hecho de que Azcárate hubiese muerto mientras tanto, en 1917. La autobiografía quedó cortada a mitad del capítulo X, que trata del Trienio constitucional.

El resto de la obra quedó perdido, ya que no se ha encontrado el manuscrito original ni entre los papeles de Gumersindo de Azcárate ni entre los de *La Lectura*, por más gestiones que hizo Richard Herr para localizarlos cuando publicó su edición moderna en 1984, que es la que ha vuelto a poner a Juan Antonio Posse en circulación en los medios académicos⁵. Ante la desaparición del manuscrito, Herr optó por ofrecer el texto de las memorias tal como lo publicó *La Lectura*, sin corregir siquiera las erratas evidentes. El cotejo de los breves fragmentos que reprodujo Azcárate en su artículo de 1883 con la edición seguida por Herr evidencia que hay numerosas variantes que parecen responder a lecturas erróneas o apresuradas, a leves correcciones de estilo o, en suma, a una transcripción poco respetuosa. Así pues, el texto publicado en 1984 es, además de incompleto, poco fiable, ya que Herr se vio obligado a trabajar con una versión indirecta y carente de rigor filológico.

Más recientemente, la diligencia de Xosé María Lema Suárez ha dado a conocer una obra más de Posse, otro sermón político explicando la constitución española de 1837. Este opúsculo de 27 páginas, con el título de *Plática tercera por Don Juan Antonio Posse, cura párroco de San Andrés, en continuación de la orden del jefe político. Para el cuarto domingo 28 de*

4 «Vestigios del primitivo comunismo en España», *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, t. VII, n° 157 (31-VIII-1883), pp. 247a-248a.

5 *Memorias del cura liberal don Juan Antonio Posse, con su Discurso sobre la Constitución de 1812. Edición a cargo de Richard Herr*, Centro de Investigaciones Sociológicas - Siglo XXI, Madrid 1984 (293 pp.). Las citas que aparecen en este estudio se hacen a partir de esta edición, indicando la página.

enero de 1838, se publicó en la Imprenta de D. Cándido Paramio de León en 1838 y ha sido reeditado por Lema Suárez en 1998.⁶ El hecho de que el folleto se titule *Plática tercera* hace pensar que existieran unas pláticas primera y segunda, de las que de momento no queda constancia.

En resumen, los hechos objetivos son muy claros: estamos hablando de un escritor cuya obra, sumando todas sus aportaciones, consiste en unas memorias inacabadas y transmitidas en una edición bastante deficiente, dos folletos políticos de teoría constitucional en forma de sermón y no más de media docena de artículos en prensa de tema igualmente político. Unas trescientas páginas en total, agrupadas en dos periodos muy distantes entre sí: 1812-1813 y 1834-1838. No es una producción extensa, y mucho menos en un periodo y unos géneros literarios en los que tales tipos de escritura política son abundantísimos.

Como actor político en los acontecimientos de su tiempo tampoco es mucho lo que podemos decir de Posse. Es uno más de los miles y miles de españoles que, perteneciendo a la estructura de cuadros administrativos, políticos y sociales del país —y el clero secular era parte consustancial del aparato del Estado en la España del Antiguo Régimen—, tuvieron que tomar partido en la revolución de 1808 y años sucesivos. El papel que Posse quiso o pudo asumir es muy menor y, además, casi sólo sabemos de tal papel lo que nos cuenta en sus *Memorias*, que por propia naturaleza constituyen un testimonio sospechoso y parcial. Si leemos sus páginas, podemos obtener una imagen de activismo patriótico contra los franceses y en favor de las ideas liberales de reforma, pero al intentar concretar cuál fue exactamente su riesgo personal, su compromiso, sus acciones, no se obtiene ninguna conclusión ni heroica ni espectacular. Pasó refugiado en Galicia el tiempo en que pudo ser perseguido por los ocupantes franceses y su principal compromiso político en favor del liberalismo fue el sermón constitucional de fines de 1812: no obstante, aunque ese acto le colocaba públicamente como un partidario del régimen gaditano, no dejaba de ser un acatamiento a la legalidad vigente en ese momento, y apoyar al gobierno de turno nunca puede considerarse un compromiso en exceso arriesgado, aunque finalmente fuera castigado por ello. Tampoco han salido a la luz fuentes independientes, o simplemente alternativas, que arrojen otros datos.

6 *Plática Tercera* de Posse: *Un novo documento de Don Juan Antonio Posse. «Plática Tercera» (1838). Introducción, edición e notas de Xosé María Lema Suárez*, CSIC, Instituto de Estudios Gallegos Padre Sarmiento («Cuadernos de Estudios Gallegos. Monografías», 3), Santiago de Compostela 1998 (99 pp.). Presentación de Eduardo Pardo de Guevara y Valdés.

Hasta aquí los hechos objetivos. Paso a las interpretaciones, que por su propia naturaleza son opiniones y no hechos.

3. Sobre la base de estos escuetos datos podemos concluir lo siguiente: el conjunto de textos y de hechos de que disponemos para interpretar el valor de la obra de Juan Antonio Posse es escaso y, al serlo, obliga a extraer interpretaciones muy amplias a partir de testimonios poco claros y poco desarrollados, es decir, obliga inevitablemente a sobreinterpretar. Cuanto menos ha escrito un autor, más contradictorias y dudosas son las conjeturas que podemos formular sobre la filiación intelectual, los matices y las implicaciones de su pensamiento. Eso es particularmente evidente en el caso que nos ocupa, donde las diferentes personas que se han acercado al autor lo han hecho desde disciplinas dispares y se han interesado por ideas muy distintas entre sí.

Cuando Gumersindo de Azcárate reparó en el manuscrito de Posse, lo que le llamó la atención fue el sorprendente testimonio sobre el régimen de propiedad agraria en la montaña leonesa, acercamiento casi antropológico a un ámbito rural que puede calificarse de único en las letras españolas de entonces. Tirando de ese mismo hilo, Richard Herr vio en Posse uno de los escasos representantes de la vertiente del pensamiento ilustrado partidario de la propiedad comunal y hostil a una economía de tipo capitalista. Para otros, como José Manuel Cuenca Toribio, lo más llamativo de Posse es su condición de clérigo progresista, algo que bajo diferentes etiquetas se repite por parte de muchos autores desde Herr en adelante: de ahí que se haya acuñado para Posse una etiqueta de «clérigo o cura liberal», que creo que habría que matizar y a la que más adelante me referiré. Por fin, para otros autores, casi todos desde Galicia y siguiendo otro de los rastros interpretativos dejados por Richard Herr, lo que más ha suscitado el interés es su propuesta independentista y su evidente amor por su tierra natal, la relación con el idioma, etc. A mí, en cambio, que me he acercado a las memorias de Juan Antonio Posse como estudioso de la autobiografía española, lo que me asombró, como una enorme rareza y una meritoria originalidad, fue la presencia en sus memorias de un extenso y emotivo relato de infancia, de un tratamiento intensivo de las relaciones familiares y del proceso de maduración personal, visto desde una perspectiva sumamente subjetiva y sentimental, con una capacidad de autoanálisis casi imposible de hallar en otros autores españoles coetáneos.

Quizá haya que intentar unir todos estos asombros parciales para llegar a una comprensión global del valor de Juan Antonio Posse y de sus claves

literarias y humanas. Reducirlo a un mero precursor del nacionalismo gallego o del comunismo agrario es una pobre visión, al fin y al cabo, que lo fragmentaría artificialmente. Posse, sin duda, es un personaje singular y poco común. ¿En qué reside su rareza? ¿Qué nos dice acerca de la mentalidad de su tiempo? Al final trataré de articular mi propia interpretación, pero de momento quisiera comentar algunas de esas ideas que se han ido formulando y tratar de poner algo de luz sobre varios equívocos.

4. El primer punto sobre el que conviene empezar es el que ha hecho correr más tinta y más ha suscitado el interés reciente sobre Juan Antonio Posse: su calificación como protonacionalista, protogalleguista, protorrejonista... Al margen de la pereza intelectual y del problema metodológico que reside en la obsesión por ver el pasado como un mero precursor del presente, es decir, por leer la historia al revés y siempre desde nuestro punto de vista,⁷ hay que recordar también que esa lectura se basa en exclusiva en una media docena de renglones contenidos al final de la parte conservada de las *Memorias*, concretamente en la última página del texto conocido. Es inevitable que leamos esas frases una vez más. En los primeros compases del Trienio Liberal y ante su disconformidad con el rumbo impreso por los dirigentes liberales españoles, dice haber propuesto lo siguiente a sus amigos coruñeses:

Por esta desconfianza y presentimiento de nuestra ruina escribí a La Coruña y a mi país para tratar de hacerse independiente, erigiéndose en República libre y separada de las demás, pues tenían todo lo necesario para poderse gobernar por sí mismos. Y en este caso podían hacerse confederados de los otros españoles, aliados natos de los ingleses y otras cosas de esta especie que entonces me ocurrieron. No gustó esta protesta, y aun fue causa de que se me tuviese por loco en lo sucesivo y me vi precisado a recoger velas, no volviendo a hablar de ello (p. 249).

No voy a entrar a discutir si es justo dar tanta importancia a seis renglones escritos por un autor que en sus obras y en su vida se ocupó con mu-

7 La manía de interpretar la historia como un proceso teleológico, como un camino que posee un sentido claro, hace que inevitablemente veamos a los hombres de otros tiempos como niños menores de edad o seres ingenuos, que de forma torpe barruntan los elementos que definirán la sociedad futura, que nosotros ya conocemos. Por ello se considera toda etapa anterior como una versión imperfecta de nuestra visión del mundo y nuestra propia conciencia de la realidad. Confundimos sucesividad con causalidad, cronología con progreso (*post hoc, ergo propter hoc*). Conceptos como el de lengua propia, nación, identidad, etc., no son hechos de la naturaleza, como a menudo se pretende, son construcciones ideológicas cambiantes. La idea de que son realidades permanentes y casi universales, de las que los individuos van simplemente *tomando conciencia* priva a los hombres del pasado de sus propias cosmovisiones y les convierte en *proto-lo* que sea, como eslabones en una cadena.

chísimo más afán en otros asuntos sobre los que escribió páginas harto mejor argumentadas y desarrolladas. No sé si le hace justicia, pero desde luego es lógico que así sea, ya que estas frases son bastante contundentes y constituyen una notable rareza en el pensamiento político del momento, con lo que no cabe maravillarse de que hayan suscitado curiosidad.

A mí personalmente siempre me han extrañado y también he meditado sobre ellas. Sería fácil despacharlas como una efusión puramente sentimental de amor a la tierra natal, es decir, como un sentimiento prepolítico que no va más allá, pero me parece indudable que esas frases sí poseen un contenido político. Es cierto que en absoluto constituyen un programa desarrollado ni formulan una concepción del Estado y que, en cambio, sí podemos leer un modelo político y de gobierno en sus dos sermones constitucionales, en los que se manifiesta de manera muy específica la defensa de una idea liberal de «nación» identificada con España, una nación de carácter unitario según la concepción político-administrativa de las constituciones liberales del XIX. En su *Discurso* de 1812 dice, por ejemplo, al defender los derechos del ciudadano por encima de los derechos señoriales y regionales abolidos: «...nadie sabía quién era español. Ahora ya somos españoles los gallegos, andaluces, castellanos, etc., pues que son españoles todos los hombres reunidos de ambos hemisferios...» (p. 262).

Tenemos, pues, que Posse desarrolló en 1812, y también en 1838, su teoría política de forma articulada y suficientemente extensa, una teoría que se basa en la idea liberal de España como Estado nacional, con una estructura unitaria y que se articulaba sobre la igualdad jurídica de los ciudadanos, es decir, sobre el estricto fundamento de los derechos individuales. Su teoría del Estado se corresponde, por tanto, con las corrientes ideológicas de su entorno contemporáneo y ofrece matices que en mayor o menor medida también están presentes en otros muchos de los españoles de su tiempo. El contenido político de esas otras frases del final de sus *Memorias*, sin embargo, parecen contradecirse con ese modelo de Estado aceptado y defendido en sus discursos constitucionales. Mi opinión es que en estos casos hay que hacer un esfuerzo para salvar las contradicciones encontrando una manera plausible y racional de entender de modo integrado el pensamiento de un autor, sin fragmentarlo ni suprimir una de sus partes. Voy a intentar integrar esas formulaciones aparentemente contradictorias, aunque desde luego mis conjeturas serán siempre opinables.

Hay dos elementos importantes que considerar en la declaración independentista que dice haber formulado: el primero es que se trata de una

propuesta confederal; el segundo, que esa propuesta es el corolario de una dura crítica lanzada contra la clase política liberal que había protagonizado las Cortes de Cádiz, es decir, los que desde 1820 van a ser denominados «doceañistas», que constituyen en el segundo periodo constitucional el liberalismo moderado frente a los nuevos liberales exaltados del Trienio. Posse parece que políticamente se identifica con los exaltados y lanza durísimos ataques contra los que llama «pasteleros», usando un insulto político habitual de aquellos años: los Argüelles, Toreno, etc., a quienes acusa de corruptos y de usar el poder en beneficio propio, arruinando las posibilidades de éxito del régimen constitucional.

Es importante a este respecto señalar que en su discurso de 1812 ya había deslizado críticas a los diputados de Cádiz, considerando que la ambición y el soborno habían tenido parte en su elección y que no todos ellos eran las personas más capaces para dirigir la nación. En 1820 sus reparos son ya mucho más graves. En ambos casos, lo que creo que late en Posse es una pulsión anticentralista y antipolítica, una desconfianza innata hacia la élite dirigente que copa el poder en un régimen parlamentario centralista, formulado por una persona que no pertenece a esas élites y que las contempla desde un remoto lugar fuera de los círculos interiores del poder. Lo que pone de manifiesto es una idea de la soberanía popular organizada no desde el centro sociopolítico —la clase media urbana de las capitales—, sino desde las periferias —las clases populares rurales de las provincias—. Creo que ese es el elemento auténticamente definitorio del ideario social y político de Posse: una concepción muy poco burguesa de la soberanía popular, de carácter igualitarista y basada en la idea rousseauiana de que el hombre es tanto más puro cuanto más pegado está a la naturaleza.

Esto hay que combinarlo con el hecho de que Posse, aunque repetidamente lo venimos denominando como «liberal», sólo lo es en sentido lato. Aunque luego volveré sobre este punto, hay que adelantar ahora que, en sentido estricto, Posse es una persona de ideas y formación ilustrada y, en concreto, en lo que atañe a sus concepciones religiosas y eclesiásticas, es un «jansenista» y no un liberal. Los jansenistas en algunos casos evolucionaron hacia una concepción liberal radical del Estado y de la política, como ocurrió por ejemplo en la figura señera de Joaquín Lorenzo Villanueva, pero eso es así porque el jansenismo da más importancia a la religión que a la política, a la moral que al gobierno: los jansenistas tienden a ser accidentalistas en cuanto a las formas de Estado, por eso Villanueva defendía en 1790 la monarquía absoluta, era en 1812 uno de los artífices de la

legislación religiosa de las Cortes de Cádiz y llegaría en 1823 a ser en política un liberal exaltadísimo, dispuesto a que la Iglesia española se separase de Roma como la de Inglaterra. Lo fundamental para los jansenistas es la reforma de la Iglesia y la purificación de la fe cristiana, armonizada con el bien común de la sociedad a través de un Estado que protege la religión única y oficial y que legisla y gobierna sobre sus asuntos temporales. Ese ideal religioso se puede defender a través de distintas formas de organización de los poderes del Estado, por lo que sus opciones pueden ir cambiando según los acontecimientos e incluso pueden llegar a contradecirse, pero en cambio, ni Villanueva ni Posse —aunque en el caso del gallego hay muchos menos testimonios textuales para analizarlo y su dimensión religiosa es patentemente menor— muestran apenas evolución ni contradicción en sus ideas eclesiales a lo largo de sus vidas.

Creo que Posse es también en cierta manera accidentalista en materia de gobierno y no sólo por su idea jansenista del catolicismo, sino también porque su visión rural de la sociedad y su extremo igualitarismo de raíz rousseauniana le hacen partidario de una especie de federalismo basado en las entidades territoriales más primarias y apegadas al individuo. En el Trienio, desengañado de los políticos que ejercían el gobierno en Madrid, es como si propugnara una revocación del contrato social para reconstruir el Estado desde la base, al estilo implícita o explícitamente federalista de muchos de los movimientos junteros ocurridos entre la revuelta de 1808 y el cantonalismo de la primera República.

No tengo claro que ninguna de las opciones políticas que parece haber defendido Posse muestren una motivación nacionalista, ya sea española o gallega, en sentido neto: su fervorosa defensa de la nación española se hizo en 1812 sobre la base de la definición constitucional de la igualdad jurídica de los ciudadanos, no sobre una formulación patriótica; igualmente su propuesta de independencia gallega seguida de confederación con «los otros españoles» creo que depende más del intento de refundar la libertad nacional desde abajo, desde el pueblo, después de un fuerte desengaño hacia las élites dirigentes, y no de un sentimiento patriótico o nacionalista identificado con Galicia. Ahora bien, el desengaño hacia el centro político y el fracaso del Estado centralista en cumplir sus objetivos económicos y sociales ha sido durante todo el XIX y el XX uno de los más activos acicates de los regionalismos y nacionalismos periféricos en España, con lo cual la posición de Posse, en ese sentido, sí podría calificarse de protonacionalista.

En todo caso, para Juan Antonio Posse, en mi opinión, como para la inmensa mayoría de los españoles de su tiempo, las discusiones sobre el Estado y la Nación siguen estando relacionadas esencialmente con concepciones jurídico-políticas y no con sentimientos de pertenencia o de identidad. No digo que esos sentimientos no existan, sino que el debate político no consiste en la articulación institucional y social de una identidad colectiva, que es el territorio en el que se mueve el nacionalismo decimonónico.

Si mi interpretación es correcta, la propuesta confederal de Posse no resulta tan aislada ni tan extemporánea, porque habría que relacionarla con una corriente descentralizadora del liberalismo más extremo y revolucionario, esencialmente urbana y burguesa, pero también con derivaciones en otras capas sociales y zonas rurales, que aparece de forma sistemática, aunque minoritaria, en casi todos los periodos de agitación política en la España del XIX. Lo que sigue siendo inusual es que esas ideas partan de un clérigo formado en el siglo XVIII, de educación ilustrada e ideario jansenista. En ese sentido, podemos pasar a analizar algunos otros de los aspectos llamativos de Posse para integrar en el cuadro de análisis una visión más completa del personaje.

5. Otra de las ideas que suele repetirse sobre Juan Antonio Posse es la de denominarlo «liberal» y mostrar una cierta sorpresa por el hecho de que profesase tales ideas siendo sacerdote: de ahí la etiqueta de «cura liberal» que, con vocación de paradoja, suele repetirse en la bibliografía crítica. Creo que hay que deshacer dos equívocos al respecto: el primero, que no hay tal paradoja, pues no existe contradicción entre esas ideas políticas y la condición de sacerdote; el segundo, que Posse no es real ni estrictamente un liberal.

En primer lugar, hay que comprender que la situación del clero antes de las primeras revoluciones liberales y la desamortización es muy diferente a la posterior. En el siglo XVIII y en las primeras generaciones del XIX, la Iglesia era una estructura administrativa que estaba confundida con la del Estado y, por lo tanto, recibía a decenas de miles de clérigos de diversa categoría que hacían carrera dentro de la Iglesia y de la administración pública con mayor o menor vocación. Seguía siendo también uno de los pocos medios sociales para la promoción de personas de clase baja, el mejor mecanismo por el que se podía ascender en la escala social dentro de una sociedad estamental; también seguía controlando la mayor parte del acceso a la educación en todos sus niveles y monopolizaba una porción enorme de

la vida intelectual del país. Posse es un ejemplo claro de cómo un niño de familia humilde, procedente de un entorno rural muy atrasado, podía labrarse una posición social gracias a la Iglesia.

Esas condiciones, digamos que «funcionariales», del clero hacen que, cuando se produce el movimiento ilustrado y luego las revoluciones liberales, haya dentro de la Iglesia una gran diversidad ideológica y que en todos los sectores políticos e intelectuales del momento encontremos un enorme número de clérigos, no sólo seculares, sino incluso regulares. La asociación casi indisoluble entre clero y conservadurismo extremo que se va a producir en las siguientes décadas, y que en parte sigue vigente hoy día, es un fenómeno que se produce a partir del Trienio y de los años 30 del siglo XIX, con la desamortización y los brotes de violencia clerical y anticlerical que salpican la historia de esa etapa; ese cambio afecta a generaciones más jóvenes, en las que se ha experimentado un rápido proceso de selección ideológica, por el cual los elementos progresistas del clero ya han abandonado la Iglesia y los segmentos progresistas de la juventud ya no se plantean iniciar una carrera eclesiástica como hasta entonces habían hecho regularmente. En tiempos de las Cortes de Cádiz el número de curas —e incluso frailes— implicados en las opciones políticas e intelectuales más avanzadas es abundantísimo. El sermón de Posse sobre la constitución de 1812 tampoco es un acto aislado: hubo otros muchos párrocos y predicadores que cumplieron la orden gubernativa de explicar y ensalzar el texto constitucional entre sus feligreses. No hay, pues, ninguna contradicción ni particular rareza en el hecho de que este cura de pueblo profesara ideas políticas radicales y estuviera participando en la lucha ideológica.

En segundo lugar, Posse sólo puede considerarse liberal *stricto sensu* en lo que afecta a su defensa desde 1812 del régimen político gaditano; es cierto que en la política práctica del momento es un liberal, tal como se entiende ese término en el tiempo de las Cortes de Cádiz, pero hasta donde podemos juzgar por sus escritos no es un liberal por su formación intelectual, ni por sus ideas religiosas, ni por su concepción social o económica. Es un hombre de la Ilustración, formado en el pensamiento eclesiástico jansenista y con una mentalidad entrañada en una rama de la filosofía ilustrada, que es la de Rousseau, que le lleva a poner la idea de igualdad originaria de los seres humanos como base de la organización social y a tener una opinión negativa de la desigualdad causada por la propiedad privada. Tampoco es un liberal en lo económico ni en lo social, al defender una concepción más «popular» de la soberanía y, por ejemplo, al propugnar la

propiedad comunal como alternativa a la desamortización de bienes vinculados. Es decir, de todas las posibles vías de la Ilustración, Posse sostiene tanto en el plano social como en el religioso las opciones menos concordes con la posterior ideología liberal burguesa.

En la parte religiosa, en concreto, sus ideas son las mismas que sostiene el amplio e influyente grupo jansenista de las Cortes de Cádiz y que dan forma y materia a la legislación religiosa contenida en la constitución de 1812 y en el resto de leyes y normas del periodo gaditano y del Trienio, hasta el punto de que puede decirse que Posse, en cuanto a su concepción de la intolerancia religiosa y de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, pertenece al tronco principal de la política religiosa doceañista, que no es precisamente muy liberal en sentido estricto, sino jansenista.

Sí hay algo más de originalidad en las ideas económicas y sociales, ya que la querencia de Posse hacia la propiedad comunal y su admiración por formas sociales menos capitalistas, le aleja del pensamiento común de la mayor parte de los sectores políticos progresistas de su tiempo, tanto los estrictamente liberales como los derivados del pensamiento ilustrado de, por ejemplo, Jovellanos. Él siempre atribuyó sus ideas «comunistas» a la experiencia directa con las formas de explotación agraria de la montaña leonesa, en la que sirvió sus primeros empleos como párroco rural. En cualquier caso, este es el elemento más característico y original de su pensamiento, incluso más que su propuesta confederal, y hay que atribuirlo —como creo que ocurre con casi todos los demás elementos de su personalidad e ideario— a una visión del mundo profundamente rural y en ciertos puntos antiburguesa.

6. Hasta aquí he efectuado un repaso crítico a los puntos principales de las ideas políticas y religiosas, del pensamiento, de Juan Antonio Posse. La conclusión que me gustaría extraer es que realmente en esas ideas, aunque tienen indudables elementos originales y sorprendentes, no hay una diferencia *esencial* con las corrientes ideológicas del mundo al que pertenecía. No creo que esas ideas estén tampoco tan elaboradas como para marcar una diferencia en su época, ni él les dedicó tanto espacio ni interés como para haber dejado una huella significativa. En resumidas cuentas, no creo que haya que buscar en ninguno de esos terrenos el auténtico valor, la calidad, de Posse, el motivo que justifique que hoy lo recordemos. Pienso que su verdadera originalidad y su mérito están en otros planos. Están, sobre todo, en una calidad de escritura que tiene siempre una impregnación subjetiva difícil de ver en sus contemporáneos.

No soy el primero en afirmar la altura literaria de Posse. José Manuel Cuenca Toribio, por ejemplo, hablando de sus *Memorias*, pondera muchísimo el valor de esta obra para la historia de la vida cotidiana:

[...] dionisiaca cantera —dice— para reconstruir en un estadio decisivo del ayer hispano. [...] su primera parte ofrece uno de los testimonios más resaltantes de la existencia cotidiana por los años en que el país se precipitó en la crisis del antiguo régimen. Los tramos de aquélla que el inquieto clérigo recorrió —y fueron muchos...— no han sido quizá captados por una retina más penetrante [...]. Si algunas viñetas goyescas se ilustrasen literariamente con pasajes de sus memorias sería difícil encontrar cualquier otra época de nuestro pasado moderno que nos descubriese con mayor potencia secretos a menudo inaccesibles desde los archivos que son los ritmos de vida, las pautas que regulan las horas de convivencia y trabajo de la masa general de la población.⁸

No estoy muy de acuerdo en que el estilo de Posse pueda asemejarse al de Goya, creo que ambos van por caminos expresivos del todo divergentes, pero convengo en el valor de la observación de la vida cotidiana que muestra la autobiografía del cura gallego. Igual línea sigue Lema Suárez cuando dice que «o seu relato constitúe un fidedigno documento histórico, antropológico e sociolóxico das zonas rurais galega e leonesa dos derradeiros anos do séc. XVIII e das dúas primeiras décadas do XIX».⁹ Estoy plenamente de acuerdo con que existe ese valor documental, pero creo que es aún más interesante la manera subjetiva e introspectiva en que Posse registra y analiza el mundo que le rodea. Su valor literario me parece mayor incluso que el documental.

Para explicar lo que quiero decir, deseo llamar la atención sobre un par de párrafos de la *Plática tercera*, que resultan bastante ilustrativos. En esta obra, además de mostrar sus ideas políticas, hace una enérgica defensa del clero secular, al que él mismo pertenece, volcando en ella sus indudables frustraciones como sacerdote, pero también su orgullo como tal y su alto concepto de la misión que le corresponde. Hablando de un cura rural indeterminado, es evidente que habla de su propia experiencia al relatar un estilo de vida duro y sacrificado que plantea como el cumplimiento de una cierta utopía, la utopía de un ministerio religioso ante el que infinitos hombres anónimos sacrifican sus vidas día a día sin reconocimiento, sin espec-

8 José Manuel Cuenca Toribio, «Memorias del cura liberal don Juan Antonio Posse con su discurso sobre la constitución de 1812 (reseña)», *Revista de Estudios Políticos*, 45, 5-6 (1985), pp. 256-260. La cita es de la p. 256.

9 En *Plática tercera*, ed. cit., 1998, p. 20.

tacularidad, condenados a la oscuridad y el olvido. Para ello se enfrenta al anticlericalismo de los liberales, que no comprenden esta grandeza inherente a la vida de un simple cura:

El mundo mira hoy con envidia y, digámoslo, aun con odio a la mayor parte de los eclesiásticos. Pero nosotros somos hijos de vuestro siglo como los demás hombres. Los vicios que se nos vitupera, pertenecen en la mayor parte a la nación, al siglo y edad en que vivimos, a la Constitución política del Estado y a la educación que hemos tenido. Somos españoles como vosotros; somos vuestros parientes comúnmente sacrificados a vuestra propia fortuna por la ambición de nuestros padres, tíos o hermanos.¹⁰

Es un pasaje espléndido y también lo es este otro que escribe un par de páginas después:

No digo nada de los méritos de un simple presbítero ni de los de un misionero que va al martirio. Frecuentemente los combates de éstos no duran sino un día. Pero hablo de un simple y retirado cura párroco al que nadie hace atención. Él está obligado desde luego a sacrificar los placeres y la libertad de su juventud a penosos y enojosos estudios. Es menester que soporte todos los días de su vida como una coraza tosca la continencia en mil ocasiones de perderla, o que son muy propias para ello. El mundo no honra sino virtudes de teatro y victorias de un momento.¹¹

Estos párrafos me parecen admirables por la fuerza de su lenguaje, pero sobre todo por la manera en que Posse es capaz de dotar de una encarnadura emocional, vitalista, a un conjunto de ideas abstractas. Él defiende al clero —a un clero reformado, pues se trata de una defensa crítica, nada autocomplaciente— en el plano de su experiencia subjetiva y por lo tanto desliza el ensayo político al terreno de la autobiografía. Convierte las *ideas* en *vida* y eso es lo mejor y lo más característico del estilo literario y de la personalidad de Posse. No es una calidad que asome con frecuencia; Posse es un escritor desigual, pero es como escritor donde alcanza su mayor grandeza y originalidad. Fue, como ya dije, un escritor malogrado, que apenas pudo dejarnos sino fogonazos de su genio, pero cuando ese genio asoma, no se parece a ninguno de los otros escritores de su tiempo. Esta

10 *Plática tercera*, ed. cit., 1998, p. 78.

11 *Plática tercera*, ed. cit., 1998, p. 80. En cuanto a esta afortunadísima expresión, «virtudes de teatro», también puede leerse en la segunda edición del célebre *Diccionario razonado manual*, de 1811, la siguiente definición de *héroe*: «en un tiempo en que solo se aprecian las virtudes de teatro, las acciones estrepitosas y los grandes faroles, por necesidad debía variarse la significación de este nombre...» (en Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del que se titula Diccionario razonado manual, seguido del Diccionario razonado*, Visor, Madrid 1994, p. 178, edición de Alejandro Pérez Vidal).

capacidad para convertir la realidad que le rodea en materia de introspección subjetiva es lo que le hace un extraordinario autobiógrafo y lo que motiva que, a mi juicio la suya sea la autobiografía más compleja y más moderna de entre las que se escribieron en España durante el XVIII y la primera mitad del XIX. Voy a tratar de concretar ahora cuál es exactamente la originalidad de estas memorias.

Aunque a la mayor parte de los críticos les han llamado la atención las ideas políticas de Posse, a mí lo que me atrajo hacia él fue el extenso espacio que concede en su autobiografía a la crónica de su infancia, y la intensidad emocional que proyecta sobre esa etapa de su vida. Eso es algo que damos por sentado, ya que en la cultura contemporánea acostumbramos a otorgarle una importancia capital a la niñez, como nos han enseñado a hacer Freud y otros muchos estudiosos de las profundidades del alma humana. Pero tal descubrimiento de la infancia es algo recientísimo en términos históricos. Lo cierto es que la de Posse es la *única* autobiografía española de todo este periodo —y durante muchos años después— que ofrece un tratamiento semejante de la niñez y de la familia. Es, además, un relato muy complejo, escrito desde una memoria llena de dolor. Destacaré de él una de las primeras frases de un pasaje bastante más extenso y detallado:

Si la infancia es más penosa para el hombre que para los demás animales, la mía ha sido más triste que la de los otros hombres. Mi padre era de genio colérico, alocado, poco trabajador; no sabía leer ni escribir, y no tenía cualidad alguna de las necesarias para dar una buena educación a sus hijos (p. 17).

Quisiera insistir en esta frase, porque a nosotros hoy nos puede parecer que, con mayor o menor crudeza, ese retrato del padre pertenece al orden de la normalidad, es decir, al orden de la sinceridad emocional de una persona juzgando a su padre; hemos leído centenares de memorias, relatos y testimonios de todo tipo que someten las relaciones paternofiliales y la institución familiar a una disección implacable, y estamos acostumbrados a entender que el derecho del individuo a definir su propia subjetividad le lleve a analizar sin ninguna restricción a sus padres ante el lector. Sin embargo, la mentalidad del Antiguo Régimen era ferozmente estamental y patriarcal: eso quiere decir que el honor del individuo, su posición social, la estima que le rinden las otras personas y por lo tanto también la propia autoestima, dependían directamente del linaje y la clase social a la que cada cual pertenecía; uno era en la sociedad lo que eran sus antepasados y su familiares, y no se podían airear las vergüenzas de la familia o someterla a

crítica sin destruir la propia identidad y llenarse de infamante vergüenza ante los demás.¹²

El individualismo burgués, que pone en el propio sujeto la soberanía de la moral y de la identidad, sin deberle nada a nadie más que a uno mismo, es una de las grandes mutaciones que definen la llegada de la modernidad en el siglo XVIII y, en el terreno de la autobiografía, Jean-Jacques Rousseau fue el heraldo de esa modernidad en sus vibrantes *Confesiones*, cuyas primeras páginas empiezan con su célebre declaración de que él no se parece a ninguna otra persona que haya nacido y que su personalidad no les debe a sus padres nada, excepto un corazón sensible. Pero esa mutación es lenta y, en el caso de España, muy tardía. Leer la frase que he citado de las memorias de Posse en una autobiografía española de los años treinta del XIX es una revolución mental y cultural, una verdadera *revolución de la subjetividad*.

Sólo hay un par de casos similares en nuestro país: uno es el de la autobiografía del también cura alavés Santiago González Mateo, la *Vida trágica del Job del siglo XVIII y XIX*, escrita en 1809, pero en ese caso el terrible retrato familiar se hace en estilo de burla, picaresco, y recurriendo al lenguaje deformado de la sátira expresionista y no al lenguaje mucho más comprometedor de la subjetividad analítica, introspectiva y seria, que es como lo hace Juan Antonio Posse; el otro caso es el de José María Blanco White en diversos escritos autobiográficos de los años veinte y treinta del XIX, pero lo hace en Inglaterra y en un contexto cultural ya muy distinto al español. No conviene, pues, pasar por alto hasta qué punto es Posse uno de los poquísimos escritores que llevan en España al extremo los caminos marcados por Rousseau a la subjetividad del hombre moderno y el único que lo hace por medio de una autobiografía.

Ahora bien, la sincera exposición de su infancia y el sentimiento crítico con el que relata las condiciones de su vida familiar no es el único elemento destacable en esta autobiografía. Es asimismo digno de subrayar que, a pesar de que la descripción que hace de las costumbres de su padre y del entorno social embrutecido, supersticioso y mísero en que creció, es terrible y dolorosa, cuando escribe sus memorias, ya con más de sesenta años y muy vencido por la vida, esa infancia y ese territorio de la memoria se habían convertido para él, a pesar de todo, en un paraíso perdido, en el espacio de la nostalgia. Ser capaz de ver de forma tan duramente crítica su pro-

12 Sobre ese tema puede verse: Fernando Durán López, «Padres e hijos: el relato genealógico en la autobiografía de Santiago González Mateo», en Alberto Ramos Santana (ed.), *La identidad masculina en los siglos XVIII y XIX. De la Ilustración al Romanticismo (1750-1850)*. VIII Encuentro. Cádiz, 17, 18 y 19 de Mayo de 1995, Universidad de Cádiz, Cádiz 1997, pp. 69-84.

pio pasado y a la vez idealizarlo y emocionarse con su recuerdo conlleva una gran complejidad moral y mucho talento para el autoanálisis. Pero también indica otra cosa, que a mí me interesa ahora resaltar: una fuerte conciencia del paso del tiempo, que le permite distanciar al narrador (el hombre sexagenario que escribe sus memorias) del protagonista (el niño, el adolescente y el hombre joven y luego maduro que ha ido desarrollando su vida durante varias décadas, transformándose por el camino igual que se transforma el mundo que le rodea).

Ese distanciamiento es el elemento más definitorio y trascendental de la autobiografía moderna, y a la vez el más difícil de encontrar en los textos españoles. Con la excepción anglófila de Blanco White, es Posse el primer autobiógrafo español en el que se percibe esa capacidad de que el relato de la propia vida formule una conciencia crítica de haberse ido transformando y por lo tanto no sea una mera apología de su conducta, sino un verdadero ejercicio de autoconocimiento. Ese fue el motivo de que en mi tesis doctoral yo situara en Posse, a pesar de que sus memorias estén incompletas y sean a veces muy desiguales, la culminación del proceso de desarrollo de la autobiografía moderna en España y uno de sus mejores ejemplos.

7. Lo mismo que he ejemplificado con el relato de infancia lo podemos ver en otros aspectos de las memorias de Posse, como por ejemplo en el tratamiento de la sexualidad, que para él tiene una dimensión angustiosa y frustrante, debido al obligado celibato, y a la que va salpicando alusiones muy interesantes aquí y allá en su autobiografía. Otro ejemplo muy claro es la manera de relacionarse con el paisaje, con la naturaleza, pero no sería posible —ni mucho menos necesario— ejemplificar y probar todos y cada uno de los contenidos y los aspectos de esta madura escritura autobiográfica.

Lo último que quería destacar es otra consecuencia de ese distanciamiento crítico entre el pasado y el presente que acabo de señalar. En Posse tal cambio implica a la vez un cambio de valores —en cierta medida también un cambio de mentalidad— de bastante trascendencia. Posse fue educado y formado en un mundo de referencias intelectuales que se basaba en el prestigio de la razón y de la cultura, a las que se les concedía un carácter universal, atemporal y absoluto; en un mundo de valores intelectualistas que socialmente se encarnaban en las clases aristocráticas y burguesas; en un mundo que rendía culto a las formas más elaboradas del pensamiento y la literatura, y despreciaba la superstición y la brutalidad del pueblo llano, que creía que la auténtica felicidad estaba en las ciudades civilizadas en las

que los hombres cultos podían relacionarse entre sí; en un mundo que tenía fe en el progreso, en que el curso de la sociedad humana tendía a una mejora continua; en un mundo que confiaba en la historia y en el futuro. Es decir, dicho en resumidas cuentas, Posse fue educado y formado como un *ilustrado*, y así actuó a lo largo de su vida.

Pero el hombre que escribe sus memorias en 1834 es, en cambio, un hombre desengañado y un tanto amargado; un hombre que idealiza su infancia en una comarca pobre y atrasada; un hombre que idealiza también sus años en unas parroquias de la montaña leonesa, mucho más pobres y atrasadas aún, como los más felices de su vida; un hombre que desprecia la política y que es profundamente pesimista sobre su país, que no parece esperar ya nada bueno del futuro y que en amplia medida parece haber dejado de creer en los ideales políticos y sociales por los que ha combatido y haberse refugiado en su propia intimidad, haberse recogido dentro de sí mismo. El hombre que escribe esas memorias piensa en muchos puntos de manera contraria al hombre que las protagoniza: por poner un solo ejemplo, dice admirar la vida rural y sencilla, el comunismo primitivo y el agreste paisaje de Llánaves y Lodaes, donde fue párroco lejos de todo contacto directo con la cultura y la civilización; pero en cambio nos cuenta que dejó aquellos curatos en la primera posibilidad en la que pudo obtener un puesto en una parroquia más cercana a la ciudad de León, con acceso a libros, a intrigas eclesiásticas y al trato con hombres cultos como él. Así pues, la idealización es un proceso que efectuó su memoria *a posteriori*, no un resultado directo de su experiencia real de aquel momento, pues entonces aún tenía otras prioridades, otras ambiciones y otra jerarquía de valores.

Él vivió y actuó de acuerdo con unos determinados principios, que son los que estoy denominando ilustrados, pero cuando se detiene a recordar su vida interpreta su pasado de acuerdo con otros principios diferentes, que sólo cabe denominar como románticos. Esa transformación interior, esa disparidad entre el pasado y el presente, es el efecto de lo que podíamos denominar «el desgaste de la Historia», en el que el fracaso colectivo y el fracaso individual se confunden indisolublemente.¹³ A mi juicio, la

13 Véase sobre esto Fernando Durán López, «“Entrar dentro de sí mismos”: la crisis del Antiguo Régimen en las autobiografías de sus protagonistas», en Joaquín Álvarez Barrientos (coord.), *Se hicieron literatos para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Fernando VII*, Biblioteca Nueva - Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, Madrid 2004, pp. 331-372.

frustración vital que experimenta Posse le aleja de la mentalidad ilustrada y le acerca a la cosmovisión del Romanticismo, aprovechando en esto una vez más la brecha abierta por Rousseau en el pensamiento de la Ilustración. El peso de lo subjetivo por encima de la objetividad de la razón es evidente en la escritura de Posse y es un rasgo inequívocamente romántico, pero también es un rasgo aprendido en Rousseau.

Casi todas las particularidades que he ido mencionando en este escritor pueden relacionarse con esta evolución: el papel concedido a su identidad regional gallega y la emocionada evocación de la infancia se entienden en esa misma perspectiva de sustitución de un paradigma ideológico que se le mostraba insuficiente —el reino de la razón crítica, el universalismo de la aventura humana— por otro que pretendía dar respuesta al desengaño sufrido, a los zarpazos de las guerras, las persecuciones políticas, los fracasos y frustraciones personales por medio del refugio en lo propio, la idealización de la infancia, la construcción imaginaria de paraísos perdidos en los que fundar un melancólico sentimiento de pérdida, de destierro... El galleguismo de Posse es en buena medida un acto de exaltación de la memoria subjetiva, pero también de idealización de las identidades colectivas cercanas y diferenciadas. Ya sabemos que el regionalismo, el nacionalismo y el descubrimiento del pueblo como depositario de la esencia incorrupta de las idiosincrasias colectivas, son aportaciones de la filosofía del Romanticismo alemán luego exportadas a toda Europa al socaire de las revoluciones y las guerras de la primera mitad del XIX. En Posse pesa más la parte individualista de la mentalidad romántica que la parte colectiva, pero ambas están ahí ya.

En Posse, además, el desengaño hacia la historia es favorecido por su fracaso personal, por su descentramiento, entendiéndose descentramiento en el sentido de que estuvo siempre en los márgenes, en la periferia de la vida nacional, de la política, de su diócesis, de la cultura... Posse lo vio todo siempre desde fuera y finalmente parece haber interiorizado su descentramiento —fruto en parte de su mal carácter y de su relativa insociabilidad, de lo que da buenas muestras en sus memorias— como una virtud, como una cosmovisión. Y el elemento que define esa cosmovisión es el mundo rural.

En efecto, lo que hace que Posse esté particularmente preparado para encarnar en su propia vida el cambio hacia la mentalidad romántica es tal vez su condición profundamente rural. El elemento de su biografía que al fin y a la postre le caracteriza y le marca de manera más intensa es que re-

presenta el mundo rural y que vivió siempre en contacto con el pueblo llano de campesinos, ganaderos y marineros, primero como niño, luego como párroco. De hecho, es uno de los pocos escritores de su tiempo que ofrece hasta ese punto una cosmovisión rural y que ha dejado testimonio directo de la vida cotidiana y las costumbres del pueblo gallego y leonés contemplándolo desde dentro, sin prejuicios ni paternalismos. Creo que a fin de cuentas eso es lo que más le define. Mucho más que un cura liberal, un protonacionalista o un clérigo jansenista, Juan Antonio Posse fue, por encima de todo, como ya escribiera Gumersindo de Azcárate en 1883, un cura de aldea.